

EL MITO POLÍTICO DE LA MERITOCRACIA: IMPLICACIONES REACCIONARIAS PARA LAS DEMOCRACIAS ACTUALES

Jesús Mora

Universitat de València

Durante los últimos años, la meritocracia ha sido protagonista del discurso político en nuestras sociedades y objeto de feroces críticas, tanto en nuestro país, con las obras de Ángel Puyol (2010) y César Rendueles (2020) como referentes, como más allá de nuestras fronteras.

La obra de Michael Sandel «La tiranía del mérito» (2020) tal vez ha representado la crítica al ideal meritocrático con más repercusión en la filosofía política actual. Sin embargo, ni en su obra ni en otras aproximaciones recientes a la meritocracia se la ha analizado en profundidad como mito político en las democracias occidentales actuales. Por ese motivo, en la génesis de esta contribución se sitúan tanto la vigencia del tema de la meritocracia que ha propiciado, entre otras, la obra de Sandel, como el vacío en su evaluación en tanto que mito político. Ese escenario de oportunidad es el que motiva las siguientes páginas.

Si bien en las aproximaciones críticas más actuales a la meritocracia no se ha abordado su despliegue como mito político, esto no significa que las nociones de *meritocracia* y *mito* no aparezcan correlacionadas en esas aproximaciones. Ocurre, más bien, que cuando meritocracia y mito se relacionan desde una perspectiva crítica se asume una acepción de lo mítico como sinónimo de lo *falso* o *engañoso* que no resulta útil para nuestros propósitos. Una cita de Sandel (2020: 130) resulta muy elocuente en este sentido. Según el Profesor de Harvard, «la idea de que “los mejores y los más brillantes» son preferibles como gobernantes a sus conciudadanos [...]” es un *mito* nacido de la soberbia meritocrática». Sandel llama la atención a sus lectores para que no asuman como *verdadera* la idea de que quienes tienen más credenciales académicas gobernarán *mejor*. Así, su crítica a la meritocracia como *mito* se centra en que no es capaz de superar una prueba de falsabilidad, pues representa un posicionamiento ideológico que no se corresponde con la realidad.

Pero esta no es la dimensión del mito que motiva este capítulo. Como ya sugiriese Blumenberg en su “Trabajo sobre el mito” (2003: 299), si la falsabilidad, entendida en términos científicos, hubiera sido relevante para la supervivencia de los mitos políticos, el progreso científico habría llevado a que se desvaneciesen por sí solos. En palabras de Bottici y Challand (2006: 316), los

mitos políticos no pueden analizarse en función de su falsabilidad porque «no son hipótesis científicas, sino la expresión de una determinación para actuar».

I. Mito político y meritocracia

¿En qué sentido, entonces, me refiero a la meritocracia como un mito político? La primera tarea que afronto aquí es proponer una definición de mito que nos permita juzgar a la meritocracia como tal. Aquí entiendo por mito político una narración que responde a una necesidad social de significado y que orienta la acción política presente de quienes afirman ese mito. Analicemos, uno por uno, los principales elementos que componen esa definición.

En primer lugar, un mito político se caracteriza por su dimensión *narrativa*. Un mito político es una concatenación de eventos pasados, presentes y futuros que se conectan como parte de una *trama* y que circula dentro de un grupo social que la acepta como verdadera (Bottici, 2007; Flood, 1996). Esta dimensión narrativa subraya que un mito político conecta causas y consecuencias, explica cómo las acciones pasadas dan lugar a los escenarios presentes y futuros; narra una historia sobre orígenes y puntos de destino.

En segundo lugar, los mitos responden a lo que Bottici (2007), a través de Blumenberg (2003), denomina «una necesidad social de *significado*». Los mitos explican, justifican, pero también legitiman o deslegitiman nuestra situación presente, le dan sentido (Souroujon, 2013) o, en palabras de Kirke (2019: 93), proporcionan «mapas cognitivos para interpretar el mundo». Así, dentro de las funciones del mito está responder a las necesidades interpretativas de un determinado grupo social con respecto a su realidad.

En tercer lugar, los mitos son invitaciones para *actuar* en el presente (Sorel, 1975, *apud* Bottici, 2007). No solo explican el mundo sino que, a partir de esos mapas y esas explicaciones que proporcionan, justifican cursos de acción, promueven formas de *actuar*. Asimismo, los mitos pueden servir, como señala Christopher Flood (1996), para invitar a alcanzar las metas de una determinada ideología. Y ya anticipo que esta idea es muy relevante en el caso del mito de la meritocracia.

Por último, un mito *político* merece ese adjetivo cuando afecta, en la línea de Bottici y Challand (2006), a las condiciones específicamente políticas en las que operan sus destinatarios. En este caso, podemos atribuir a un mito la condición de *político*, por ejemplo, cuando sirve para legitimar una determinada expresión de poder o un modelo particular para organizar la sociedad.

Una vez hemos establecido los elementos de la definición de mito político que utilizaré aquí, la siguiente pregunta que nos apremia es: ¿podemos entender la meritocracia como un mito político? Empecemos por dar una definición operativa de la meritocracia que nos permita identificar claramente a qué nos referimos cuando empleamos ese término. Según Ángel Puyol (2010: 102), una meritocracia es «un sistema social basado en la aristocracia del talento y no en alguna forma de justicia democrática o igualitaria; consiste en distribuir los trabajos, los cargos y las recompensas sociales y económicas de acuerdo con las cualidades y calificaciones individuales, de modo que los individuos con mayores aptitudes y capacidades deberían obtener los cargos y puestos sociales de mayor importancia y prestigio».

II. La dimensión narrativa del mito político de la meritocracia

Ahora, siguiendo esa definición, lo primero que debemos discernir es si la meritocracia está presente en nuestras sociedades como narración que, en palabras de Bottici (2007), «coloca un drama en el escenario» en los términos en los que hemos definido anteriormente los mitos políticos. Como explicaré en lo sucesivo, esa narración aparece en diversos discursos, eslóganes y asociaciones de imágenes, que implican a actores como los medios de comunicación o diferentes representantes políticos. A través de ellos, el mito político de la meritocracia nos ofrece, al menos, dos relatos dramáticos: primero, uno que conecta el mérito con el ascenso social y, segundo, uno que concede al conocimiento experto un lugar de privilegio como mecanismo para resolver nuestros problemas políticos.

Aunque aquí, como expliqué al principio, abordo la meritocracia desde un enfoque distinto al de Sandel, es imposible ignorar lo que aporta su obra al análisis de la meritocracia como mito político, pues es un excelente repositorio de expresiones de la narrativa meritocrática. En particular, Sandel explica cómo la presidencia de Barack Obama en Estados Unidos fue un momento en el que el mito de la meritocracia se narró con especial vigor. Fijaos en este primer fragmento de uno de sus discursos:

«Lo que hace que Estados Unidos sea tan especial, lo que nos hace tan especiales, es este acuerdo básico, la idea fundamental de que, en este país, con independencia de qué aspecto tengas, de dónde vengas, de cuál sea tu apellido o de qué desventajas sufras, en este país, si trabajas duro, si estás dispuesto a responsabilizarte, puedes conseguirlo, puedes prosperar». (Sandel, 2020: 90)

Esta declaración de Obama es interesante para nuestros propósitos porque proyecta hacia el futuro las acciones presentes de la ciudadanía estadounidense («si trabajas duro, puedes prosperar») y, al mismo tiempo, presenta una descripción de la sociedad actual («lo que hace

que Estados Unidos sea tan especial») que vincula el presente con las acciones pasadas. En este último sentido, el relato que propone Obama asocia el éxito de quienes ostentan posiciones de privilegio en la sociedad actual a su esfuerzo y a su capacidad pasadas: el trabajo, la responsabilidad *son causas* de la prosperidad.

Declaraciones como esta, además, crean un horizonte de expectativas para la población en el que se vincula su posición actual a sus méritos o deméritos pasados. Algunos sondeos de opinión pública en Estados Unidos señalan que una mayoría abrumadora de la población estadounidense cree, en esta línea, que su esfuerzo es la causa principal de su situación y niega la importancia de las circunstancias sociales y familiares que pudieran haber condicionado sus oportunidades. (Sandel, 2020: 97–98). En este punto, tal vez, es cuando la propuesta de Sandel nos resulta más útil para la comprensión de la meritocracia como mito pues, desde su perspectiva, existe un paralelismo entre relatos sobre el éxito como el que propone Obama y la ética puritana sobre la salvación. Señala Sandel que, «en nuestros días, vemos el éxito como los puritanos veían la salvación: no como un producto de la suerte o de la gracia, sino como algo que nos ganamos con nuestro propio esfuerzo y afán (...). Si yo soy el responsable de haber hecho un generoso acopio personal de bienes terrenales —renta y salud, poder y prestigio—, bien debo merecerlos. El éxito es una señal de virtud. Mi riqueza es algo que me he ganado merecidamente» (*ibid.*: 79).

En este relato debemos situar como explicación del mérito—junto al autosacrificio—a la capacidad, al talento. Resultan muy significativas en este sentido algunas declaraciones de la prensa liberal estadounidense sobre, de nuevo, la administración Obama, que recoge el periodista Thomas Frank. Cuando se anunció la composición del primer gabinete del expresidente, en diarios tan prestigiosos como el *New York Times* se resaltó el amplio porcentaje de cargos designados por Obama que habían estudiado en universidades como Harvard, Princeton, Columbia o Yale. Resultaba un motivo de celebración, para esta parte de la prensa, ser gobernados por «aquellos que primero se graduaron en sus clases del instituto» (Frank, 2016: 22). En este punto del relato meritocrático, la obtención de credenciales académicas de prestigio se convierte en un indicativo inequívoco de la calidad de una persona como gobernante. De nuevo, la narración meritocrática explica el éxito presente, en este caso como gobernante o representante público, a partir de una causa pasada: la posesión de habilidades notables en el plano académico.

Esto nos permite enlazar con una segunda dimensión de la narración meritocrática, según la cual, la educación, entendida como el acceso al conocimiento técnico, está investida de un poder superior para resolver los problemas políticos. Puede ser útil en este punto recuperar una anécdota de Sandel muy elocuente respecto al poder del conocimiento técnico para proporcionar las soluciones adecuadas cuando se trata de asuntos públicos. En el contexto de las protestas de los chalecos amarillos en Francia, se preguntó a uno de los principales asesores del gabinete del presidente Macron en qué se había equivocado el gobierno para motivar una reacción popular tan encarnizada a sus proyectos normativos. Su respuesta: «probablemente fuimos demasiado inteligentes» (Sandel, 2020: 136).

Esta dimensión del mito político de la meritocracia busca desterrar la discrepancia ideológica como causa de los desacuerdos actuales y, al mismo tiempo, significar al conocimiento técnico como panacea de los problemas políticos. Y es que, tal y como se manifiesta actualmente en nuestras sociedades, el mito de la meritocracia incorpora un componente tecnocrático, según el cual el poder político debe ser «ejercido por una élite de expertos sobre la base de su competencia, eficiencia, neutralidad y experiencia» (Lavezzolo et al., 2021: 4).

Ese componente tecnocrático empieza a emerger con fuerza a mitad del siglo pasado. Tras la II Guerra Mundial, entidades como la Asociación Estadounidense para el Avance de la Ciencia, o la Royal Society británica emprendieron un esfuerzo notable para que los resultados y el espíritu de la ciencia fueran, decían, «mejor comprendidos por los decisores públicos, los empresarios y el conjunto de la población» (Bucchi, 2009: 3). En las décadas que van desde la posguerra hasta los años ochenta del siglo XX, se fue asentando entre las grandes instituciones científicas la idea de que la ciencia podía ser entendida como una especie de elixir con poderes curativos frente a las ansiedades de la política. En su *Informe sobre la Comprensión Pública de la Ciencia* de 1985, la Royal Society declaraba que «una mejor comprensión de la ciencia puede ser un elemento principal para promover la prosperidad nacional, elevar la *calidad* de la toma de decisiones pública y privada y enriquecer la vida del individuo» (*ibid.*).

Para apuntalar esa construcción de la ciencia como bálsamo frente a los males que aquejaban a las sociedades democráticas, las grandes instituciones científicas comenzaron a regodearse en la ignorancia de la población general respecto a los saberes de la técnica. En 1991, una encuesta del Comité para la Comprensión Pública de la Ciencia estadounidense calificaba al 90% de las poblaciones británica y estadounidense como «científicamente analfabetas» (*ibid.*: 4). En una línea similar, en un estudio de la Fundación Nacional de la Ciencia de EE.UU. se

afirmaba, con estupor, que solo un 6% de los ciudadanos encuestados conocía las causas científicas de la lluvia ácida (*ibid.*). Subraya Bucchi, sin embargo, que el estudio omitía el hecho de que el debate sobre las causas concretas que provocan ese fenómeno seguía muy vivo en aquel momento entre la propia comunidad científica (*ibid.*). No obstante, esa supuesta ignorancia científica de la población permitía, convenientemente, elaborar un relato sobre el papel mesiánico del saber científico experto para nuestras sociedades.

Esa narración que atribuye poderes superiores al saber experto para resolver problemas políticos fue crucial para Bill Clinton en su primera campaña presidencial. Clinton convirtió el relato de que todos nuestros males derivan de déficits educativos en una herramienta esencial para explicar los despidos masivos en la industria americana como consecuencia de las deslocalizaciones. Ante la decisión de muchas empresas de clausurar su producción interna para buscar terrenos más prósperos —esto es, con mano de obra más barata—, Clinton trasladó la responsabilidad por su futuro a los propios obreros industriales, situándoles ante la tarea de repensar su formación, de abandonar el *obsoleto* trabajo manual que les había estado dando de comer, y empezar a usar otro tipo de músculos, en concreto, «el que tienen entre sus orejas» (Frank, 2016: 50). Con esta propuesta tan elocuente, se vinculaba el progreso personal con el aprendizaje —también es recordada la sentencia de Clinton «lo que ganas depende de lo que puedas aprender» (*ibid.*, 51)— y, al mismo tiempo, se convertía un problema político en un problema de falta de conocimiento. En lugar de hablar de las razones políticas y económicas que explicaban las deslocalizaciones, la campaña de Clinton desplazó el foco del problema hacia los déficits de conocimiento de los desempleados.

Al mismo tiempo, la opinión de los técnicos se fue construyendo poco a poco como intrínsecamente invulnerable a las discrepancias ideológicas, como si el saber experto elevase a quienes lo ostentan a una posición superior al margen de los debates democráticos. Desde los '90, entre las élites del Partido Demócrata estadounidense se asentó la idea de que el saber técnico no solo era la causa que explicaba el ascenso de los profesionales más prestigiosos a las mejores posiciones sociales, sino también la pócima que les inmunizaba de los *prejuicios* ideológicos que aquejaban al resto de la población (Frank, 2016: 30). La tarea del experto, desde esta perspectiva, no es la de debatir, ni la de confrontar, es la de *aplicar* el conocimiento científico que ha adquirido a lo largo de los años.

Bucchi recoge, en este sentido, una declaración muy interesante del movimiento italiano *Galileo 2001 para la Libertad y la Dignidad de la Ciencia*, en el contexto de un intenso debate

sobre el cultivo de alimentos transgénicos. En su manifiesto, los integrantes del citado movimiento acallaban así a los críticos con los nuevos avances de la técnica agrícola:

«Un fantasma recorre Italia, un fantasma que provoca alarma a partir de las predicciones de catástrofe que aterrorizan a la población. Proclama que la ciencia y la tecnología son enemigas del género humano y la naturaleza, e incita a la hostilidad hacia la ciencia explotando miedos infundados que *nublan la razón*. Este espectro se llama oscurantismo. Asume varias formas, pero las más peligrosas de todas, por su naturaleza *reaccionaria e irracional*, son el fundamentalismo medioambiental y la oposición al progreso científico-técnico» (Bucchi, 2009: 2, énfasis propios).

En este relato, lo que motiva las discrepancias políticas es el «abismo de conocimiento» (*ibid.*) entre los expertos y la población. Desde esta perspectiva, cualquier punto de vista científico puede imponerse y superar cualquier resistencia siempre y cuando sea *comprendido* (*ibid.*: 16). Asimismo, el saber tecnocrático se entiende como un saber superior, que no responde a ideologías concretas, sino que simplemente representa una *aplicación* de la ciencia por parte de personas expertas que, como poseedoras de ese saber *supraideológico*, son las más aptas para gobernarnos.

A modo de recapitulación podemos decir, entonces, que los dos elementos narrativos que integran el mito de la meritocracia son, por un lado, la idea de que el esfuerzo y el talento son vías para la salvación, identificada con el éxito, y quienes tienen éxito lo han alcanzado a base de esfuerzo y talento; y, por el otro, la conversión de la educación en un indicador preferente de ese talento y ese esfuerzo, pues se entiende que da acceso al conocimiento experto de un saber científico que es indemne a los vaivenes del debate ideológico y, a la vez, capaz de resolver nuestras discrepancias y acercarnos a un mejor horizonte social y político.

III. Meritocracia y necesidades sociales de significado

Paso ahora al segundo elemento de nuestra definición de mito político, que es su construcción como respuesta a una necesidad social de significado. Cuando nos referimos a la necesidad social de significado a la que responden los mitos políticos, debemos prestar especial atención a las coyunturas en las que esas narraciones despliegan sus efectos (Bottici y Challand, 2006: 317, 324; Mauerer, 2015: 198). Comprender esas coyunturas nos ayuda, a su vez, a comprender los vacíos de significado que aspiran a llenar los mitos, a partir de sus narraciones sobre la realidad presente, pasada y futura. En el caso del mito de la meritocracia, resulta especialmente relevante la idea de que los mitos nos ahorran lo que Blumenberg llamaba «*la confrontación inmediata con la realidad*» (Blumenberg, 2006: 614, *apud* Mauerer, 2015: 195). En el caso del

mito de la meritocracia, esa realidad se refiere, especialmente, al contexto de crecientes desigualdades sociales y económicas que viven nuestras sociedades. Y en ese sentido es importante considerar el mito de la meritocracia como un mecanismo para explicar las razones que motivan esas desigualdades y dotarlas de sentido en términos que suavicen su realidad presente para el conjunto de la sociedad.

Sandel señala que, en los últimos años, se ha instalado una necesidad cada vez más acuciante entre los más ricos por justificar su posición en términos de esfuerzo y capacidad. Independientemente de cuánto hayan influido sus ventajas sociales en las posiciones de las que gozan actualmente, numerosas personalidades de éxito se afanan por revestir su situación de lo que Sandel (2020: 23) llama «el lustre procurado por el mérito». Desde su punto de vista, «[p]arece que los ganadores de la globalización necesitaran convencerse a sí mismos —y a todos los demás— de que tanto los situados en la cúspide de la sociedad como los relegados al fondo habían ido a parar adonde les correspondía».

El mito de la meritocracia es especialmente apto para cubrir esta necesidad, pues subraya que, si algo explica las cada vez mayores desigualdades de nuestras sociedades, son las diferentes capacidades y el mayor esfuerzo de quienes están mejor. Al mismo tiempo, oculta convenientemente el papel que juegan otros factores en esas desigualdades, factores que en muchas ocasiones escapan a nuestra responsabilidad y tienen el potencial de construir nuestro destino como algo incontrolable.

En un sentido similar, señala Frank (2016: 51) que durante los mandatos de Bill Clinton se asentó la idea de que «los salarios no son lo que son porque una parte (los directivos) tiene una cantidad determinada de poder sobre la otra (los trabajadores); los salarios son así porque el dios del mercado, que es tremendamente justo, recompensa a quienes despliegan talento y determinación». Este mismo relato ejerce, para Sandel (2020: 79), un efecto «empoderador» entre quienes están peor, pues les señala que el camino para escapar de su situación lo marcan el trabajo y el talento, y no «fuerzas que escapan a su control». La meritocracia cubriría una necesidad de tranquilidad, de esperanza, entre los más desfavorecidos. Así lo describe Sandel a partir de sus interacciones con los alumnos de Harvard:

«Algunos de mis estudiantes sostienen que, aunque el sueño americano no cuadre con la realidad, es importante que la noticia no se difunda; mejor preservar el mito para que la gente continúe creyendo que nos es posible progresar hasta donde nuestro talento y nuestro esfuerzo nos lleven. El sueño americano sería así algo parecido a lo que Platón llamó una «mentira noble», una

creencia que, aun no siendo verídica, sustenta la armonía cívica porque induce a la ciudadanía a aceptar la legitimidad de ciertas desigualdades». (102)

De nuevo, Sandel utiliza la palabra *mito* como indicativa de falsedad. Pero, al margen de este descuadre con la noción de mito que aquí nos interesa, el pasaje recién transcrito describe exactamente la función que desempeña un mito político: narrar una historia para cubrir una necesidad social de significado. La meritocracia desarrolla una función esencial para legitimar las distribuciones de poder y recursos en la sociedad, pues motiva a los individuos a responsabilizarse por su destino y les brinda sosiego frente a la posibilidad de que su miseria se perpetúe; el esfuerzo siempre estará de su lado para escapar de su situación actual.

Además del papel del esfuerzo y el talento en el éxito o el fracaso personal, la meritocracia también encaja con otras necesidades sociales de significado como, por ejemplo, las derivadas de la crisis financiera iniciada en 2008 y la pandemia de COVID-19. Y es que ambos momentos crearon un espacio apto para la promoción del saber experto como panacea de los problemas políticos. Es importante señalar, en relación con esta idea, que los momentos de crisis presentan escenarios especialmente propicios para la proliferación de las narraciones míticas. Al fin y al cabo, como señalara Blumenberg (2003: 289), estas narraciones han servido desde antiguo para alejar el mal de las mentes humanas frente a las angustias suscitadas por amenazas como las tempestades o las inundaciones. Y en las tempestades de las crisis actuales, parece que visión de que el saber experto es capaz de tomar las mejores decisiones sigue teniendo un efecto tranquilizador similar. Tal vez por ese motivo, cuando Obama llenó su gabinete de titulados de las universidades más prestigiosas, la prensa liberal estadounidense resopló de alivio al saber que les gobernarían los alumnos más aventajados del país, como se ha señalado más arriba. En ese mismo sentido, diversos estudios politológicos subrayan una preferencia, entre la población y la clase política en las democracias occidentales, por dejar el gobierno en manos de personas expertas en momentos de crisis (Lavezzolo et al., 2021; Wratil y Pastorella, 2018). Las crisis, podríamos decir, presentan escenarios propicios para la aparición heroica de los gobiernos tecnócratas.

Un tecnócrata puede identificarse a partir de dos características, que describen un tipo de saber muy concreto: primero, su experiencia, pero en el sentido de la voz inglesa «*expertise*» (Cambridge University, 2022), que no se refiere solo al hecho de haber experimentado algo en el pasado, sino a la posesión de «un alto nivel de conocimiento y habilidad» en un determinado campo. Y, junto a la experiencia, la desconexión entre ese saber y la política partidista: los tecnócratas suelen entenderse como generalmente ajenos a las dinámicas de los partidos, no

son identificables ideológicamente por su pertenencia a un partido político, sino solo por su competencia. Las crisis presentan un escenario propicio para estos perfiles, pues nos sitúan ante una situación de urgencia en la que los cauces habituales de la política partidista, caracterizados por el debate y la confrontación, pueden aparecer como obstáculos a soluciones extraordinarias frente a una coyuntura delicada. Tal vez esto explica que durante la última crisis financiera fuera habitual describir los recortes del Estado de bienestar como medidas «impopulares» (Wrátil y Pastorella, 2018: 455) pero, a su vez, «necesarias» (Scicluna y Auer, 2019: 8), lo cual las aislaba convenientemente del debate partidista en torno a valores alternativos y las señalaba como especialmente aptas para los contextos de crisis.

Esa contraposición entre lo partidista y lo necesario que parece tan pertinente en contextos de crisis ha sido impulsada por un rechazo general hacia lo ideológico, que también corresponde analizar para entender las necesidades de significado que aspira a completar hoy en día el mito de la meritocracia. Pensemos, por ejemplo, en la omnipresencia del término *gobernanza* en la política actual. Según Wendy Brown, la gobernanza «reconcibe el espacio público como un dominio de estrategias, *técnicas* y procedimientos» y «promulga un énfasis mercantil en “*lo que funciona*”, elimina de la discusión las dimensiones condicionadas política, ética, o normativamente de las decisiones públicas, con el objetivo de reemplazar la política por los enfoques prácticos, técnicos, a los problemas» (Brown, 2015: 127 y 130, énfasis propios).

El hecho de que la gobernanza haya emergido en las democracias actuales como término más comúnmente asociado al buen gobierno no puede desligarse de esa preferencia por recurrir, en momentos de crisis, a un saber que, por ser técnico, elude el debate partidista sobre la toma de decisiones. En tiempos de angustia, la idea de que existe una forma de conocimiento que evita confrontar alternativas, y de que existen expertos portadores de ese *saber*, aplaca las incertidumbres que puedan derivar de la confrontación ideológica.

IV. Meritocracia, acción política e implicaciones antidemocráticas

Una vez establecidas las necesidades sociales de significado a las que responde el mito de la meritocracia, nos falta saber a qué tipo de acciones invita la meritocracia en el campo de la política, qué tipo de metas políticas invita a alcanzar en aquellas sociedades en las que opera como mito político. Es en este punto donde las implicaciones antidemocráticas del mito político de la meritocracia se nos aparecen con mayor claridad.

El primer sentido en el que la meritocracia promueve una forma de actuar político tiene que ver con el tipo de razones, de argumentos, que permite considerar válidos en el debate

democrático. En este primer sentido, el mito de la meritocracia nos invita a desterrar de la deliberación aquellas razones que se consideran *ideológicas*, y a defender nuestras posiciones como resultado inequívoco de un conocimiento superior. Esta primera invitación a la acción entronca con la narración meritocrática según la cual todos los problemas de nuestra sociedad pueden resolverse eliminando los déficits de conocimiento que pueden aparecer en torno a ellos. El mito de la meritocracia nos empuja a transformar el debate ideológico sobre los valores en un debate sobre los *hechos*, de manera que toda discrepancia en el plano político se entienda como la simple consecuencia de una diferencia de conocimiento. De nuevo, Obama tal vez haya sido el dirigente político que haya expresado esta idea con mayor elocuencia:

«El mayor desafío al que vamos a hacer frente en los próximos 10, 15, 20 años es volver a una conversación cívica en la que, si yo digo que esto es una silla, *estemos de acuerdo* (énfasis propio) en que esto es una silla. Sí, podemos discrepar sobre si es una buena silla, si deberíamos cambiar la silla, si quieres moverla hacia allá. Pero no puedes decir que es un elefante». (Sandel, 2020: 142)

Esta perspectiva, que arraiga las discrepancias políticas en diferencias de conocimiento sobre la *realidad*, sugiere que el conocimiento debería ser el primer criterio para juzgar las decisiones políticas y a quienes las toman. Podría objetarse que la sentencia de Obama no hace tal cosa, simplemente concede importancia al conocimiento de los hechos y señala que, una vez estamos de acuerdo en los hechos, caben diferentes interpretaciones sobre qué decisiones justifican esos hechos (una vez concordemos en que esto es una silla, podemos discrepar sobre qué hacemos con ella). Pero el mito de la meritocracia no solo concede valor al conocimiento *de los hechos*, sino que también reconoce a estos una especie de capacidad mágica para *alumbrar la solución correcta*. Sandel llama la atención sobre el uso creciente, iniciado con la administración de Bill Clinton, pero multiplicado exponencialmente con la administración de Obama, del término «inteligente» para referirse a las decisiones políticas (*ibid.*, 121). No solo debemos acabar con nuestras discrepancias sobre los hechos y reservarlas para el tipo de decisiones que esos hechos justifican. También existen soluciones que *reflejan un mayor grado de conocimiento* que otras y, por tanto, son automáticamente más adecuadas para solucionar los problemas políticos.

En medio del debate que se produjo a principios del siglo XXI en Italia sobre el cultivo de alimentos transgénicos, ya mencionado anteriormente en esta contribución, algunos gobiernos regionales adoptaron medidas protectoras de los cultivos tradicionales que restringían o prohibían las plantaciones de transgénicos en zonas concretas de sus territorios. Frente a esta decisión, Bucchi (2009: 19–20) llama la atención sobre la repulsa que generó, entre un amplio

grupo de científicos, la por ellos denominada «sordera de la clase política ante las *razones* de la ciencia». En el relato mítico de la meritocracia, el conocimiento técnico de la realidad ya nos proporciona las soluciones correctas. Por tanto, no debemos afanarnos en esgrimir nuestras discrepancias ideológicas y en intercambiar posicionamientos políticos, sino en aprehender aquello que la técnica ya pone a nuestra disposición. Existen, en otras palabras, soluciones inteligentes en sí mismas: solo debemos llegar a conocerlas. Al mismo tiempo, toda perspectiva que se entienda como contrapuesta a las “evidencias” de ese saber científico es considerada, automáticamente, como irracional o prejuiciosa.

Esto tiene una implicación adicional: si el conocimiento nos acerca a las mejores decisiones, debemos otorgar tanto poder decisorio como sea posible a las personas que ostenten el mayor grado de saber *técnico*. Antes he explicado cómo, entre algunas de las principales instituciones científicas occidentales de mediados del siglo XX, estaba muy extendida la idea de que, dada la ignorancia general sobre las grandes verdades de la ciencia, los científicos debían educar a los electores y sus representantes sobre las mejores decisiones. Esta idea presenta algunas reminiscencias relacionadas con los planteamientos elitistas de Robert Michels (1959 *apud* Kiely 2017: 729), quien señalaba que «la incompetencia de las masas es prácticamente universal en los dominios de la vida política, y esto constituye el fundamento más sólido del poder de los líderes». Este planteamiento elitista fue más adelante absorbido por la Escuela de Chicago y traducido en una preferencia por gobiernos tecnocráticos caracterizados por su *conocimiento* del funcionamiento de los mercados. Señala Kiely (2017: 737) que la concepción neoliberal del ejercicio del poder «concedió un papel más preponderante a los economistas (...) que fueran capaces de *medir* resultados en términos de eficiencia». Esa capacidad de medición les permitiría orientar los resultados del mercado hacia su mejor funcionamiento, en un contexto en el que los actores privados individuales no disponen de toda la información necesaria para tomar decisiones *racionales*.

En la concepción neoliberal, el saber económico más ortodoxo ocupa un lugar análogo al que la Ilustración concedió al saber físico-matemático. Para el economista de Chicago Gary Becker, «toda esfera de la vida puede ser entendida en términos de un análisis de costes y beneficios que puede, pues, explicarnos qué decisión particular promueve nuestro bienestar o utilidad» (1976, *apud* Kiely, 2017: 735-736). Y, con ello, el *homo oeconomicus*, justamente aquel que es capaz de interpretar toda la realidad a la luz de los costes y beneficios que derivan de cada decisión en el mercado, se convierte en el modelo humano por excelencia, como portador de un saber *distinto* de las demás formas de conocimiento.

Como decía, en el mito político de la meritocracia aparece, desde mi punto de vista, un paralelismo entre la racionalidad neoliberal o, más en general, una suerte de conocimiento *superior* de la realidad, y la forma en la que la Ilustración entendía el saber físico-matemático (ver Bottici, 2007: 18). Este paralelismo nos invita a replantearnos esa supuesta oposición, tantas veces anunciada, entre *mito* y *logos* y a preguntarnos «¿acaso no podemos entender el mito político de la meritocracia como un *mito sobre el logos*, en el que ese *logos* adquiere una forma particular (como saber experto) que le ubica en una posición de privilegio respecto a otras formas de conocimiento?».

En definitiva, ese saber experto, especialmente el de perfil económico, transmitido por una élite de tecnócratas, se sitúa en la narración meritocrática por encima de cualquier ideología, como saber capaz de ordenar todos los espacios de la existencia. Es así como la invitación que hace el mito político de la meritocracia a reemplazar las bases ideológicas de nuestro debate democrático por debates sobre *la realidad* guiados por expertos inhibe a sus decisiones de la crítica y disocia la deliberación democrática de la legitimación de las políticas públicas.

Conclusiones

En esta parte final del capítulo es preciso, considero, empezar por señalar lo más importante: por qué creo que el mito de la meritocracia tiene implicaciones antidemocráticas. La narración que he descrito aquí subraya dos elementos principales: uno sobre el ascenso —quienes ostentan posiciones de éxito en nuestras sociedades lo hacen por sus mayores niveles de esfuerzo y capacidad— y otro sobre la posición del conocimiento experto en el debate público —el conocimiento, que es una propiedad que se atribuye a un grupo de expertos identificable a partir de ciertas características, es capaz por sí solo de resolver los problemas políticos que nos asolan. Ambos elementos están correlacionados en la actualidad: la idea de que las credenciales académicas implican, por un lado, mérito y, por el otro, conocimiento experto al margen de las ideologías, está muy extendida en nuestras sociedades, como atestiguan las incursiones de la Ciencia Política en las visiones dominantes en la opinión pública sobre el saber experto en tiempos de crisis. Por eso he tratado ambas cuestiones de manera conjunta. Nada impide, sin embargo, que las bases del mérito cambien y, en un futuro, las credenciales académicas cedan su lugar como indicadores del mérito a otras circunstancias como la pura y simple *fama* (ver Martínez-Berman *et al.*, 2021). Pero sea lo que sea lo que determine el mérito, el mito de la meritocracia entiende que esa base, primero, debería conceder —y, de hecho,

concede— un derecho preferente a bienes relevantes, en particular el ejercicio del poder político y, segundo, señala a los individuos más capacitados para goberarnos.

Es necesario, también, reconocer algunas limitaciones del enfoque que ha guiado estas líneas. La primera es que, por una mera cuestión de disponibilidad de información, muchas de sus afirmaciones tal vez no sean extrapolables fuera del contexto de Estados Unidos. Naturalmente, la recepción de la obra de Sandel tiene mucho que ver con esto, pues representa un trabajo muy conocido que recopila numerosos ejemplos útiles para comprender cómo opera la narración del mito de la meritocracia. La segunda limitación es que, por ser una primera aproximación a la meritocracia como mito político, en muchos casos se ha centrado más en presentar sus posibles dimensiones que en analizarlas en profundidad. Como consecuencia de estas dos limitaciones, podemos decir, creo, que lo que he expuesto aquí hoy puede dar lugar a aproximaciones al mito político de la meritocracia que analicen su presencia en otros contextos y que estudien en mayor profundidad cada una de sus dimensiones.

Pero más allá de estas limitaciones, la propuesta que aquí he presentado abre la puerta a explorar con mayor profundidad el acervo de relatos e historias pasadas que hoy alimentan el mito político de la meritocracia. En su trabajo sobre el mito, Blumenberg (2003: 170) rescataba una idea que Wilhelm Grimm trasladó a Goethe sobre los motivos por las que algunas historias sobreviven al paso del tiempo: «la razón de que estos cantos sigan siendo invulnerables ante los embates de la crítica moderna y soporten que alguno los considere malos radica también en el hecho de que sigan estando vivos después de tanto tiempo, que hayan movido, alegrado y tocado a tantos corazones, que hayan sido entonados, una y otra vez, por tanta gente». Con este capítulo, espero haber abierto una pequeña rendija para explorar esta dimensión histórica que, además, ayudaría a entender la pervivencia del mito de la meritocracia en la actualidad y a conectarla con otros mitos de la Modernidad.

Por último, quiero reiterar que, por su dimensión narrativa y cómo esta puede conectarse con necesidades de significado muy vivas en nuestras sociedades, la meritocracia no es solo una ideología o una concepción de la justicia, sino también un mito político. Es posible que eso que aquí he tratado como un mito unitario sea en realidad divisible en un conjunto de mitos más específicos. En este sentido, puede ser útil pensar en esos *submitos* como piensan Bottici y Challand (2006: 325-326) en el mito del choque de civilizaciones y sus relaciones con el orientalismo, es decir, como una narración entre las muchas que apoyan la pervivencia de una ideología. No obstante, creo que las aproximaciones futuras a esos *submitos* que yo he

abordado unitariamente deberían tener en cuenta los paralelismos entre sus narraciones, y cómo estas se correlacionan y se refuerzan mutuamente.

Bibliografía

BECKER, Gary. *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago, Chicago University Press, 1976.

BLUMENBERG, Hans. *Beschreibung des Menschen*. Fráncfort, Suhrkamp, 2006.

— *Trabajo sobre el mito*. Barcelona, Paidós, 2003.

BOTTICI, Chiara, 2007. *A Philosophy of Political Myth*. Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

BOTTICI, Chiara, CHALLAND, Benoît. «Rethinking Political Myth: The Clash of Civilizations as a Self-Fulfilling Prophecy». *European Journal of Social Theory*, 9 (2006), pp. 315–336.

BROWN, Wendy. *Undoing the demos*. Nueva York, Zone Books, 2015.

BUCCHI, Massimiano. *Science, Politics, and Citizens*. Nueva York, Springer, 2009.

CAMBRIDGE UNIVERSITY. «expertise». Cambridge Dictionary, 2022.

FLOOD, Christopher G. *Political Myth*. Londres y Nueva York, Routledge, 1996.

FRANK, Thomas. *Listen Liberal. Or Whatever Happened to the Party of the People*. Nueva York, Metropolitan Books, 2016.

KIELY, Ray. «From Authoritarian Liberalism to Economic Technocracy: Neoliberalism, Politics and ‘De-democratization’» *Critical Sociology*, 43 (2017), pp. 725–745.

KIRKE, Xander. *Hans Blumenberg. Myth and Significance in Modern Politics*. Cham, Palgrave MacMillan, 2019.

LAVEZZOLO, S., RAMIRO, L., FERNÁNDEZ-VÁZQUEZ, P. «Technocratic attitudes in COVID-19 times: Change and preference over types of experts». *European Journal of Political Research* (2021), pp. 1–20.

MARTINEZ-BERMAN, L., MCCUTCHEON, L., HUYNH, H.P. «Is the worship of celebrities associated with resistance to vaccinations? Relationships between celebrity

admiration, anti-vaccination attitudes, and beliefs in conspiracy». *Psychology Health & Medicine*, 26 (2021), pp. 1063–1072.

MAUERER, Marco. «Historias sobre los humanos: la perspectiva antropológica sobre el mito de Blumenberg», en: F. Oncina Coves y P. García Durán (eds.), *Hans Blumenberg: Historia In/Conceptual, Antropología y Modernidad*. València, Pre-Textos, 2015, pp. 189–204.

MICHELSONS, Robert. *Political Parties*. Nueva York, Dover, 1959.

PUYOL, Ángel. *El sueño de la igualdad de oportunidades*. Barcelona, Gedisa, 2010.

RENDUELES, César. *Contra la igualdad de oportunidades*. Barcelona, Seix Barral, 2020.

SANDEL, Michael. *La tiranía del mérito*. Barcelona, Penguin Random House, 2020.

SCICLUNA, Nicole y AUER, Stefan. «From the rule of law to the rule of rules: technocracy and the crisis of EU governance». *West European Politics*, 42 (2019), pp. 1420–1442.

SOREL, Georges. *Reflections on Violence*. Nueva York, AMS Press, 1975.

SOUROUJON, Gastón. «Mito político, rito y utopía: límites conceptuales y zonas grises». *Fragmentos de Filosofía*, 11 (2013), pp. 121–142.

WRATIL, Christopher y PASTORELLA, Giulia. «Dodging the bullet: How crises trigger technocrat-led governments». *European Journal of Political Research*, 57 (2018), pp. 450–472.